

infames pasiones. En efecto, divinizadas estas, adoradas en los dioses, nada tenia de extraño que se cantasen tambien de los hombres.

De aquí se colige lógicamente que la causa radical, primitiva y fecunda de la decadencia de la poesía es la perversión, el aniquilamiento, ó cuando ménos la esterilidad ó indiferencia de la idea religiosa; porque donde falta la religion no puede existir la buena poesía. No reconocen, por tanto, otros principios las miserias de nuestra poesía moderna. Ábrase la historia, recórranse las producciones recreativas que mas terriblemente han alarmado el pudor y escandalizado á la sociedad; y se verá muy luego, que los autores aparecieron en la lista de los impíos ántes de figurar en la categoría de los poetas.

La *Julia* de Rousseau, la *Religiosa* de Diderot &c. son una prueba iniciada de lo que decimos, y que no ampliamos, porque la pluma se resiste á estampar los títulos de tantas composiciones impías, sacrilegas, inmundas, prostituidas, con que se ha querido enriquecer la literatura, y no se ha hecho sino marchitar los laureles, opacar las glorias, vilipendiar la imágen de la poesía.

Después de lo que acabamos de decir, no hai necesidad absolutamente de prueba ni explanacion para convencer y persuadir á todo el mundo que los efectos de la mala poesía son infinitamente mayores y mas perniciosos, que las ventajas de la buena. La mala poesía tiene un origen bastardo. ¿Cuál? La falsa creencia y la falsa moral. La mala poesía tiene una deformidad propia y característica, porque debe considerarse como la personificación ideal y sentimental del error y del vicio. La falsa poesía oscurece el entendimiento, corrompe el corazón, mengua y casi destruye el espiritualismo de los gozes y de las esperanzas, usurpa los respetos debidos á la virtud para consagrar los vicios, é influye en la sociedad arrebatándola juntamente su sentido moral, su regla, su criterio y su felicidad.

ARTÍCULO QUINTO.

CRITERIO MORAL Ó SISTEMA PRECAUTORIO PARA LA LECTURA DE ESTA CLASE DE COMPOSICIONES.

El género puramente recreativo en literatura comprende la poesía y la novela. Ambas pueden ejercer, como ya hemos visto, un influjo favorable al desarrollo y perfección del hombre moral, y tambien un influjo pernicioso. Es un hecho que ambas han sido consideradas en diferentes tiempos

como vehículos de civilizacion y elementos de cultura; pero tambien lo es que han ejercido una terrible accion sobre los individuos y los pueblos, cuando abandonando sus objetos morales y salvando los límites que la religion, el decoro y la decencia imponen á los recreos puramente literarios de este género, se han adunado con otros muchos agentes para propagar los errores, relajar las costumbres, desencadenar las pasiones y prostituir á los pueblos. Una novela suele conseguir mas que una secta de herejes; un mal teatro puede arruinar con una serie de representaciones licenciosas el edificio levantado por la religion á la virtud en las prácticas y diversos hábitos de la sociedad. No citaremos ejemplos, porque seria necesario llenar un libro; pero en defecto de ellos nos remitimos á la experiencia de todos, á lo que vemos y palpamos, y aun al efecto que produce á nuestra vista cualquiera de estas producciones que pululan hoy para mengua del genio y desgracia de la humanidad.

Siendo pues tan peligrosa esta lectura, tan fecunda la produccion de malos libros, tan atractivos por su forma y por su estilo, tan hábilmente dispuestos para seducir y corromper y tan propensa la juventud, por su ligereza y exaltacion propias, á caer en las redes de estos enemigos jurados de la verdad y la virtud; nada es tan importante como el esmero de las precauciones en aquellos á cuyo cargo esta puesta la enseñanza y educacion. Estas reglas miran, unas á los agentes directos de la educacion, otras á los gobiernos, otras á las sociedades literarias, otras, finalmente, á cada uno de los escritores: dirémos una palabra sobre esto, sin dirigirnos inmediatamente á los lectores; porque la primera regla de todas consiste en no dejar á estos indistintamente la eleccion libre y la calificación crítica de sus lecturas.

CAPÍTULO PRIMERO.

AGENTES DIRECTOS DE LA EDUCACION.

Estos son los padres, los ayos, los maestros; en suma, todos aquellos que por la naturaleza, el empleo, el estado, &c., están encargados de rectificar el espíritu con la buena doctrina, y formar con saludables máximas y prácticas morales y piadosas el corazón del hombre desde las primeras épocas de su vida. Ya hemos dicho, hablando del criterio moral, cuán delicadas son estas funciones, cuán decisivo el influjo de la primera educacion en el resto de la vida, cuán

esmerados y solícitos deben andar siempre sus agentes, y cómo de ellos en sustancia están pendientes las esperanzas de la sociedad bajo todos sus aspectos.¹ Estas ideas generales parecen excusarnos de entrar en pruebas directas sobre la importancia de los mismos objetos en la particular aplicación que aquí les damos.

El hombre piensa y siente en sus lecturas, y de ordinario su acción sigue con cierta fidelidad el curso que le traza lo que piensa y lo que siente. Si pues sus primeras lecturas siguen el orden exacto de las causas que contribuyen á la verdad y á la virtud; el hombre obrará siempre, ó á lo ménos con mayor frecuencia, en el sentido de ambas, y por una razon contraria se inclinará con toda la fuerza de sus pasiones á los vicios, y amará en consecuencia todos los errores é imposturas que directa ó indirectamente protejan sus malos hábitos y acaricien su corazón enfermo.

De aquí se colige que los padres, las madres, los ayos y maestros deben poner en práctica todos los medios posibles para distinguir la zizaña del trigo, lo bueno de lo malo, lo conveniente de lo inoportuno en los libros, antes de ponerlos en las manos de sus hijos, discípulos ó alumnos. Su severidad en este punto nunca será nimia, pues una condescendencia imprudente traerá otra necesaria, y de esta suerte no discurrirá mucho sin que la funesta libertad del pensamiento quede reconocida inevitablemente donde habia de reinar tan solo la severa y cautelosa disciplina de la educacion.

A pesar de los enconados esfuerzos con que talentos prostituidos se lanzan para invadir el campo de la moral, no faltan, por fortuna de la humanidad, nobles y piadosos empeños para contrabalancear y aun extirpar el mal. En todos tiempos, pero muy principalmente de un siglo á esta parte, se advierte con satisfaccion inexplicable, el movimiento restaurador del talento, comenzando por la familia y terminando en la sociedad. La niñez y la juventud tienen un sin número de recreaciones inocentes y bellas, de que ántes carecian; y hoy no puede alegarse la penuria de composiciones recreativas, adecuadas á la educacion, para coonestar el empeño de permitir indistintamente cierta clase de lecturas.

Es necesario confesar que la educacion pública y privada necesitaban este recurso; porque los simples rudimentos,

¹ Tercera parte, seccion cuarta, libro primero, cap. V.—Lib. III, cap. III.

las simples máximas y prácticas, aunque bastantes para su objeto, que es la instruccion sana y la moral verdadera, no lo eran para contrabalancear esa prodigiosa invasion de brillantes, magníficas, pomposas y seductoras quimeras de los novelistas y poetas indiferentes á los verdaderos destinos del hombre.

Deben pues los encargados de la enseñanza y educacion, no anticiparse por cierto, pero sí hallarse presentes á los momentos críticos, aquellos en que la imaginacion quiere dilatar su horizonte, la sensibilidad focundarse, y el gusto empieza á nacer. En estos lances el instructor, que por su ministerio ha de contar previamente con un reservatorio de buenas lecturas, debe ir las distribuyendo con tal arte y tan maravilloso tino, que las unas preparen á las otras, y todas en su género vayan correspondiendo á las necesidades diversas del espíritu. Ya hemos dicho que hoy dia la educacion cuenta con innumerables recursos. No es pues necesario que indiquemos clase por clase y libro por libro. Nos limitaremos por lo mismo á observar que la *Nueva Biblioteca católica*, la *Biblioteca de las escuelas cristianas*, la *Biblioteca especial de la juventud*, las *Anécdotas cristianas de Reire* y *Las gracias cristianas*, reúnen, sin contar otras muchas colecciones, cerca de ochocientas lecturas de un gusto exquisito, de una variedad sorprendente llenas de primores de todo género y eminentemente morales: expensan por lo mismo sobradamente á todas las necesidades de la educacion; tienen lo que se requiere para el niño, para el joven, y aun lo que se repasará con incontestable provecho por el hombre maduro y aun el anciano. Admirase aquí la celosa, piadosa, ilustrada, sabia y discreta laboriosidad en favor de la educacion; y esto solo es un arsenal de todas armas y un baluarte inexpugnable, para no sucumbir jamás en esa guerra que el teatro, la novela y la falsa poesia están haciendo á la religion y á las costumbres con las plumas perdurablemente execrables de Voltaire, Rousseau, Diderot, Pigault-Lebrun, Victor Hugo, Alejandro Dumas, Eugenio Sue y otros muchos, que seria tan prolijo como repugante y fastidioso enumerar.

CAPÍTULO SEGUNDO.

LOS GOBIERNOS.

Aunque á primera vista parece que no debiamos considerar la literatura en sus relaciones con los gobiernos, pues que aquí tratamos del criterio literario; las relaciones intimas que

tiene la parte moral de aquella con el sistema precautorio para las lecturas, y este sistema con la acción de los poderes públicos, nos determina sin embargo á decir alguna cosa sobre un punto que creemos del mayor interés. No parezca extraño que precisemos hasta este orden nuestras observaciones críticas, cuando tenemos el ejemplo en escritos de mui alta categoría. La Baronesa de Stael consagró un libro al exámen de la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales; y es un punto conuenido entre los literatos de alto rango, que la literatura en su carácter, en sus progresos y en su decadencia guarda cierta proporción con la sociedad.

Esto supuesto, nos atenemos á la mision reconocida de los gobiernos políticos para considerar que, léjos de ser indiferentes, deben estar mui atentos al rumbo que tomen las producciones principalmente del género recreativo. Ellos no son los ministros natos de las leyes, sino en pro del orden y de las virtudes sociales. Luego, siendo las costumbres, como dudarse no puede, mas influentes que la legislación misma en la sociedad, y ejerciendo en ellas tal predominio la poesia en todos sus géneros y la novela, es claro clarísimo que incumbe á los gobiernos el derecho y el deber de apreciar socialmente todas estas producciones, y he aquí el porqué de la censura y policía de teatros, así como tambien el de las disposiciones prohibitivas de ciertas clases de lecturas.

La censura civil debe contar con la censura canónica; de otra suerte estos dos poderes morales entrarían en un cisma de mui fatales consecuencias para las costumbres y para la misma literatura.

CAPÍTULO TERCERO.

CUERPOS LITERARIOS.

Apénas habrá una sociedad medianamente adelantada en la carrera de las ciencias y de las letras que no cuente con algunas reuniones bien organizadas de sabios y literatos, dirigidas á estimular el talento ó apreciar sus producciones, regular el movimiento de las ciencias y dar un carácter propio á la literatura nacional. Colocados entre el gran cuerpo de la sociedad y la personalidad administrativa, son los mejores agentes con que puede contar un gobierno para desarrollar su influjo moral y político de que acabamos de hablar en el capítulo precedente. Mas estas academias

ó sociedades literarias, que pueden considerarse como jueces natos en los ramos que cultivan, tienen sin duda mas necesidad que nadie de fundar en la moral mas pura todos los procedimientos de su crítica. Semejantes á los gobiernos, ellos pueden introducir el orden ó autorizar el desorden en la república de las letras. Lo primero será el resultado de una moral severa y constante en el uso del criterio; lo segundo lo será del indiferentismo hácia ella, el cual es inseparable del de que suelen adolecer algunos cuerpos literarios en materia de religion.

Concluyese rectamente de lo dicho, que el sistema precautorio debe tener una permanente garantía en las academias, institutos y demas cuerpos literarios de cada país; y de lo contrario la literatura, campeando sin antidotos, sin retentiva y sin freno, descenderá desde el sublime rango que le corresponde, hasta la condicion mas abyecta y miserable.

CAPÍTULO CUARTO.

DE LOS ESCRITORES.

Son estos de dos clases: autores originales y críticos. Las reglas que pudieran referirse á los primeros, quedan ya bastante indicadas, supuesto que no tienen mas objeto los precedentes libros y aun toda esta obra. En cuanto á los segundos, entendemos que no deben perder nunca de vista la escala que trazan los principios del arte para marcar el ascenso y el descenso de la buena literatura. Dos clases hai de reglas: unas concernientes al arte, otras exclusivamente aplicables al asunto. Contrayéndonos á estas, no nos cansaremos de repetir: primero, que todo asunto falso ó inverosímil debe desecharse; segundo, que todo argumento inmoral, aunque consista en relaciones verdaderas, debe proscribirse; tercero, que toda composición que directa ó indirectamente desnaturalice los dogmas y pueda herir las costumbres, debe inflexiblemente condenarse.

En estos principios y en el derecho que toda autoridad dogmática tiene para ejercer una especie de voto en cuanto puede ser relativo á la verdad, nos fundamos para creer que las prohibiciones de la Iglesia; por el solo hecho de serlo, deben considerarse como puntos decisivos para el que ejerce su crítica en materia literaria, mientras este no deserte de las banderas de la fe.

Apoyados en las razones que nos hemos limitado tan solo á indicar, nos parece que aquellos á quienes incumbe

la educacion doméstica ó social, debian admitir como reglas precautorias en materia de lecturas:

PRIMERA. Excluir toda representacion teatral sobre asuntos sagrados ó religiosos, mientras no tenga la aprobacion de la autoridad canónica.

SEGUNDA. Prohibir las lecturas de simples amatorios, y por consiguiente todo el género erótico en la poesia directa, y en el drama toda composicion en que, considerado el estado, la edad, &c. del lector, pueda sufrir algun perjuicio su moral con el insentivo consiguiente á la viveza y animacion de los respectivos cuadros.

Con estas dos reglas generales, no se excusará todo; pero si entendemos que se logrará mucho.

ARTICULO SEXTO.

CRITERIO DEL CLASICISMO Y ROMANTICISMO.

Hai palabras que por sí mismas representan una revolucion, una época, una historia entera, y tal sucede con esta palabra *clásico*. Por muchos siglos, significó ella en literatura, "la reunion de todas las cualidades que forman á un escritor de primer orden en su género. *Autor clásico* valia tanto, como escritor antiguo, aprobado, y constituia una especie de autoridad en la materia. Homero, Aristóteles, Platon, Sófocles, Demóstenes, &c. entre los griegos; Virgilio, Horacio, Cátulo, Tibulo, Ovidio, Juvenal, Persio, Marcial, Plauto, Terencio, Claudio, Petronio, Tito Livio, Tácito &c. entre los latinos, fueron autores comprendidos en la designacion de clásicos; porque se reputaban modelos en los géneros que cultivaron, y pasaron á la posteridad como dechados perfectos de bien decir y fuentes puras de los respectivos idiomas en que escribieron.

Desde la antigüedad fué ya una cosa recibida entre los literatos este concepto, y Horacio lo manifiesta claramente cuando encarga á los Pisones que nunca dejen de las manos, noche y dia, los escritos inmortales de los poetas griegos. Los modernos transmitieron y observaron esta máxima por diez y siete siglos, y es un hecho que la literatura griega y latina son las literaturas madres, las que produjeron, impulsaron y condujeron á la mayor elevacion, la literatura europea. Demóstenes y Ciceron tienen una línea tradicional en los Padres de la Iglesia y oradores cristianos; línea que puede reconocer fácilmente quien haya leído algo de San Juan Crisóstomo, San Agustin y Bossuet. Homero fué

reproducido por Fenelon, Teócrito y Virgilio por Gesner y Garcilaso; Esopo y Fedro por Lafontaine y Samaniego; Horacio por Boileau, Peres-Camino y Martínez de la Rosa. Corneille, Racine y Moliere no nos permiten olvidar á Sófocles y Eurípides, á Plauto y á Terencio. Abrimos la historia de Rollin, y volvemos una mirada para encontrar á sus maestros en Tácito y Tito Livio. En suma, casi no podemos abrir ninguna produccion literaria de los siglos modernos hasta el XVII, sin encontrar huellas, recuerdos de la literatura antigua. Por esta razon los antiguos llevaron el nombre de clásicos, grangearon tambien este título aquellos escritores modernos que supieron elevarse á la perfeccion de sus modelos, tales como Milton, Pope, Klopstock, Alfieri, Dante, los dos Corneilles, los dos Racines, Moliere, Crebillon, &c. &c.

Mas en el siglo XVIII empezó á difundirse una idea poco favorable á la conservacion de esta autoridad tradicional: se tuvo á poco la reproduccion de los antiguos cuadros; llegó á creerse que era mengua del genio conservar por mas tiempo este respeto inviolable á los escritores de primer orden. He aquí el principio encubierto de una revolucion literaria que mas tarde habia de poner en accion á todos los espíritus. Creyóse llegada la hora de emancipar el ingenio y la literatura moderna, y á pocos pasos pesaron como yugos tiránicos la Poética de Aristóteles y la Epístola de Horacio á que posteriormente se ha llamado tambien Arte poética.

Como llevaban el nombre de clásicos los escritores de primer orden en todos géneros, se buscó una denominacion particular para la nueva literatura, que habia de aparecer como una soberbia rival de la literatura antigua: se la llamó pues *romántica*. De aquí el origen del *clasicismo* y *romanticismo*. La lucha entre ambos estuvo sostenida primero por el espíritu de novedad, despues por el espíritu de secta, y mas tarde por la falta de talentos y de genio unida con el empeño de brillar, creándose una boga momentánea.

El romanticismo, que en sus exageraciones figuró como la emancipacion de toda autoridad literaria, tuvo una marcha mui semejante á la democracia moderna que en sus últimas exageraciones figura como la emancipacion de toda autoridad social. Sorprendentes por cierto son las analogias entre ambas cosas, como lo veremos en su lugar; y por lo mismo la buena literatura se interesa en una reaccion completa de los verdaderos principios, así como la buena polí-

tica tiende á regenerar la sociedad por medio de una restauracion moral.

Abolir del todo el romanticismo es empresa tan difícil como anonadar enteramente la democracia; y por lo mismo la reaccion literaria, como la reaccion política, debe aceptar en cierto modo para su pensamiento las consecuencias de los hechos en pro de sus mismos designios. Conformes del todo á esta indicacion, queremos, no por cierto someterlo todo á la idea de los antiguos, pero ni tampoco perderlos absolutamente de vista. Es nuestro ánimo aplicar el criterio á esas dos escuelas con el objeto de eliminar todas las ideas que solo tienden á confundir las doctrinas, y poner en claro, sin aceptar esta denominacion de literaturas, sus verdaderos caracteres, sus relaciones, sus analogias, para dar á cada una lo que le toca.

Mas debe comenzarse por fijar las ideas, porque han sido mui diversas y aun á veces contradictorias las que los críticos han venido dando sobre clásicos y románticos. Exponer el origen y la marcha de las opiniones acerca de ambas literaturas, manifestar las razones que militan contra esta nueva nomenclatura, y demostrar que ninguna composicion literaria, llámese como se quiera, está exenta de las leyes que sirven para calificar la perfeccion de cada género: he aquí los puntos que nos proponemos comprender en el artículo presente.

CAPÍTULO PRIMERO.

ORIGEN Y MARCHA DE LAS OPINIONES SOBRE EL CLASICISMO Y ROMANTICISMO.

Apénas iniciada la revolucion literaria que nos ocupa, se dió el nombre de románticos á todos los escritores que, abandonando las huellas de los antiguos y hasta sus preceptos literarios, se lanzaron en la carrera de las novedades; y se reservó el de clásicos para los escritores que no participaban de estas inovaciones literarias improvisadas con osadía por los partidarios de la escuela romántica. Trábase entre ambos una guerra inmoral, que comenzando en las ideas, acabó en las pasiones, é iniciándose con argumentos, degeneró en diatribas. Sin atenerse á principios fijos y de comun aceptados, cosa indispensable para regularizar la contienda, cada escuela lo explicaba todo en el sentido de su programa; cada escuela se atribuía lo mas ilustre que contaba la literatura. Los mismos románticos,

que hacian cierto alarde de despreciar á los antiguos, no tuvieron embarazo en calificar de romántico lo mas admirable de la antigüedad clásica.—Todo lo que hai de bello y verdadero en las literaturas antigua y moderna, es romántico, decian unos; la *Iliada* y el *Edipo*, la *Eneida* de Virgilio y las *Odas* de Horacio, el *Cid*, *China* y *Ataha* no eran ménos románticos que el *Paraiso perdido* de Milton, la *Mesíada* de Klopstock el *Hamlet* de Shakspeare y el *Guillermo Tell* de Schiller. Véase pues cómo en esta primera época del debate los románticos, eliminándolo todo y analizándolo todo, llegaron á esta idea: "lo que es bello es romántico; lo que es deforme es clásico."

No era fácil que subsistiera semejante concepto ni aun en la misma escuela que le propalaba: quien todo lo quiere, todo lo pierde; y los románticos estuvieron en la alternativa de transigir, ó espirar en su cuna. Dióse pues otro paso: se hizo figurar la cuestion bajo una forma mui diferente, abandonando la perfeccion y marchando á la originalidad. Los románticos no disputaron á los clásicos la primera, pero quisieron hacerse dueños exclusivos de la segunda; y su tema polémico fué ya desde entónces el siguiente: "Todo lo que es original es romántico; todo lo que es copia ó imitacion es clásico." Podia pasar con cierta boga esta division en el entusiasmo de la novedad que tan vehementemente agitaba á las nuevas escuelas; pero no se necesitaba sino de hacer algun lugar al frio y severo racionio, para que apareciese la futilidad y aun el ridiculo de semejante concepto. La invencion y la imitacion son cosas tan antiguas como la literatura: en todos tiempos han aparecido genios de primer orden que sorprenden al mundo con sus concepciones originales, y talentos de alto rango que, sin aspirar al mérito de una novedad absoluta, se han contentado con imitar y embellecer sus copias: Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio son una prueba histórica de lo vago, trivial y falso de aquellas definiciones.

Como sucede en todas las cosas, llegó al romanticismo su época de filosofia y de critica, sucediendo la observacion al entusiasmo. Empezóse á ver la cuestion bajo un aspecto mas positivo con el objeto de obtener resultados mas fijos y preparar aplicaciones mas interesantes. Débese á Madama de Staél el homenaje de reconocerla como la primera que introdujo una idea entre la inmensa palabreria de que el romanticismo al nacer, ya estaba lleno. En su libro titulado "De la Alemania" que fué, como observa Deschamps, el precursor y el primer órgano de la nueva literatura, pronunció

dos palabras que mas tarde representaron dos partidos. Segun ella, lo que distingue lo clásico de lo romántico es, que "en el primero domina la Suerte; en el segundo la Providencia." Esta frase contiene implicitamente un gran concepto: podria traducirse del modo siguiente: "La literatura romántica es la literatura del cristianismo, mientras que la clásica es la del paganismo." En este la Suerte, el Destino, la Fatalidad, eran divinidades que presidian á las acciones humanas, que las preveian en el gran libro del destino, y cuya realizacion en la tierra ordenaban irrevocablemente los Hados. Mas en el cristianismo la Providencia prevee las acciones de los hombres sin destruir su libertad; vela incesantemente sobre ellos, y nunca deja de proteger la virtud, castigando tarde ó temprano los vicios y los crímenes que algunas veces aparecen triunfantes.

A ejemplo de Madama de Stael, aunque no en el mismo sentido, Carlos Nodier suministró nuevas observaciones á este propósito, aunque no por esto dió un carácter definitivo y enteramente determinado á las ideas de ambas literaturas. Oigámosle á él mismo. "Clásico y romántico son expresiones enteramente idénticas con estas otras, antiguo y moderno. Hai una literatura de la antigüedad, la bella literatura de los griegos, la de los hermosos dias de Roma; hai una literatura moderna, la de los Schiller y Klopstock la de los Milton y Shakspeare, de los Camoes y Lope de Vega, de los Tassos y Petrarcas."

Esta division, poco precisa sin embargo, conviene á todos los partidos: veamos ahora cómo Nodier desciende á las aplicaciones de su teoria, comprendiendo en ellas las cuestiones pendientes. Segun él, la imitacion pierde á la literatura, y toda literatura que imita la antigüedad, no es una literatura propiamente dicha. Así es que al cabo de dos siglos los franceses no tienen una literatura, segun el autor citado: porque Racine tradujo la antigüedad, Corneille imitó la antigüedad, Voltaire continuamente ha remedado la antigüedad; Juan Bautista Rousseau copió la antigüedad, y Juan Santiago mismo ha tenido siempre á la vista los ejemplos de la antigüedad.

Siguiendo el curso de esta idea, Nodier critica mui acremamente la educacion literaria de su pais; y para él los griegos y romanos hicieron morir en el espíritu francés sus instintos monárquicos y religiosos, y prepararon para el siglo XVIII la gran catástrofe que inmoló al mismo tiempo el trono, el altar y las costumbres.

Victor-Hugo dijo á este propósito dos palabras que po-

dian pasar como el tema de una nueva teoria. "El romanticismo resulta de la combinacion mui natural de dos tipos, lo bello y lo deforme, lo sublime y lo grotesco, que se cruzan en el drama como se cruzan en la vida y en la creacion: porque la poesia verdadera, la poesia completa está en la armonia de las cosas contrarias. Ya es tiempo de decirlo altamente: "todo lo que está en la naturaleza, está en el arte."¹

Esta primera idea del poeta francés, trajo por consecuencia otras que han servido para fundar la mas loca y ridicula de todas las pretensiones en materia de sistemas literarios. Repelió como anti-natural y anti-artístico los antiguos caracteres del drama; combatió las tres unidades, &c. De aquí á la abolicion completa de las reglas habia poca distancia; y por lo mismo no es extraña esa opinion en que se ha proclamado su extincion absoluta con el derecho de seguir cada uno el rumbo de su propia inspiracion y hasta los últimos caprichos del carácter.

CAPÍTULO SEGUNDO.

OBSERVACIONES CONDUCENTES Á FIJAR LAS IDEAS SOBRE EL CLASICISMO Y ROMANTICISMO.

Vistas pues estas opiniones diferentes, estas varias ideas que ha hecho nacer la nueva nomenclatura, cumple á nuestro intento advertir lo que nos parezca digno de atencion en la materia.

Desde luego debemos observar, como una cosa que provoca mui seriamente el exámen, cómo no ha bastado medio siglo de disputas para fijar una sola de estas ideas, poniendo de acuerdo, siquiera en la significacion de las palabras, á todos los que tienen derecho, por su talento y por su saber, para tomar parte en las disputas literarias. ¿Cómo explicar este fenómeno? De una manera mui sencilla: con el espíritu de novedad cuando quiere usurpar los derechos de un mérito incontestable. El empeño de adquirir un gran nombre, y las dificultades que siempre han existido para esto, explican suficientemente el desden por los antiguos, la admiracion apasionada por algunos malogrados ingenios, el empeño por introducir un cisma entre los antiguos y moder-

¹ Este capítulo se ha escrito con presencia de los artículos CLASIQUE y CLASIQUE (GENRE DE LITTER.) de *P. Encyclopédie catholique*. Pueden consultarse.

nos, y hasta la ridícula manía de cambiar el significado de las voces.

Esta nueva nomenclatura carece absolutamente de razón, carece absolutamente de derecho. Sábese muy bien que la introducción de las palabras solo se excusa por la necesidad lógica, científica, ó literaria; es decir, por la presencia de nuevas ideas que no tienen una representación exacta en las palabras existentes, de los objetos nuevamente descubiertos, ó de las relaciones que necesitan fijarse para enriquecer la lengua y con ella la literatura. El derecho se funda en la prescripción, esto es, en la posesión pacífica, constante y antigua que ha tenido cada literatura de ciertas palabras. ¿Cuál de estas dos cosas concurre en el clasicismo y romanticismo? Ninguna por cierto; ni la necesidad ni el derecho.

En cuanto á la primera, véamos en primer lugar la falta de una idea nueva; en segundo lo superfluo y caprichoso de estas palabras para representar las ideas de que se trata. La palabra *clásico* correspondió por diez y siete siglos á una idea común y universalmente recibida; pero después ha andado, por explicarnos así, de puerta en puerta sin encontrar una colocación definitiva. Las ideas, cuando realmente son nuevas y carecen de palabras, léjos de repeler desdenosamente las que se les ofrecen, se adhieren á cualquiera que pueda serles propia, aunque por otra parte no tenga toda la exactitud que fuera de desearse: esta es una ley de la necesidad, una especie de instinto de la razón, un hecho inevitable en el sistema de las relaciones entre las ideas y las lenguas.

Más para sentir mejor toda la fuerza de esta prueba, volvámos sobre las diversas definiciones que se han dado de lo clásico y romántico. Según la de Madama de Staël excusado nos parece una nueva palabra; y no solo excusado, sino positivamente pernicioso. El cristianismo basta con su nombre á todas sus creaciones, como bastó el paganismo con el suyo á cuantas le fueron propias; y por tanto, nos parece que, pudiéndose representar las ideas con las denominaciones de *literatura pagana*, *literatura cristiana*, era un empeño estérilmente penoso el de apelar á lo clásico y romántico para sustituir aquella denominación.

En cuanto á Carlos Nodier, creemos que toda la cronología se agolpa contra él para imponerle silencio, cuando intenta sustituir con los términos *clásico* y *romántico*, lo que siempre se ha expresado de acuerdo con todos y al gusto de todos con las palabras *antiguo* y *moderno*. Por otra par-

te, si estas dos palabras son simples modificaciones de un objeto idéntico, porque todo lo que existe es moderno en un tiempo y antiguo en otro, ¿quién no ve que la denominación de Nodier está cayendo por sí misma, supuesto que según ella una literatura podría ser, y necesariamente sería sin cambiar de caracteres intrínsecos, romántica y clásica?

Si nos atenemos á los que fundan la división en las ideas de originalidad y de imitación, luego notamos que, siendo estas ideas comunes á todos los siglos, á todos los pueblos á todas las literaturas, y antiguas como el mundo, no importan la necesidad de una nomenclatura nueva, que solo serviría para oscurecer en un momento lo que ha sido claro siempre para todos. Hablese de *originalidad* é *imitación*, y todo el mundo entiende; hablese de *clasicismo* y *romanticismo*, y todo el mundo se queda á oscuras. Si este significa el *arte de los contrastes*, según la idea de Victor-Hugo, no es ménos caprichoso su significado. En todo tiempo el *contraste* ha sido conocido, empleado y admirado con este nombre, y la aparición de la palabra *romanticismo* en la teoría del escritor francés, solo sirve para producir de pronto aquella especie de atarantamiento que nos causa todo lo que choca.

Colíjese de todo esto, que estas palabras *clasicismo* y *romanticismo* pertenecen á esa familia revolucionaria que todo lo agita, todo pretende invariarlo, todo lo admira unas veces, todo lo censura otras; que son muy semejantes á las palabras *progreso* y *retroceso* y otras del mismo tenor, que viven del entusiasmo y espiran ante el análisis y la crítica. Por lo mismo, al exponer el criterio de ambas designaciones, las proscribimos como una bastardía, como un pernicioso capricho de la mediocridad literaria inspirada por la ambición, ó del orgullo del genio rebelado contra los derechos incontestables de todas las eminencias literarias que desuellan en diferentes pueblos y han hecho la gloria de muchas épocas.

CAPÍTULO TERCERO.

CARACTERES ABSOLUTOS DE LA BELLEZA Y DERECHOS IMPRESCRIPTIBLES DEL ARTE.

Dejando á un lado á los diferentes escritores que con más ó ménos calor agitan las cuestiones de lo clásico y romántico, vengamos á un punto de no pequeño interés para la juventud estudiosa, vengamos á la belleza y al arte.

La palabra *belleza* tiene dos significados; uno absoluto, y otro respectivo; unas veces manifiesta la perfeccion de las cosas, y otras la impresion agradable que algunas de ellas producen en el alma, causándola un cierto placer, sin elevarla, ni mucho ménos dominarla. En el primer sentido lo bello se contrapone á lo deforme, como lo perfecto á lo imperfecto, y *belleza* quiere decir tanto como perfeccion; en el segundo se contrapone á lo sublime. En cuanto á nosotros, no queremos hablar de la *belleza* sino considerada como la perfeccion misma; y en este sentido se nos ofrecen dos cuestiones. Primera: ¿tienen las cosas, independientemente del juicio que sobre ellas se forme, una *belleza* ó una deformidad propias? Segunda: ¿cuenta el arte con principios fijos, evidentes, incontestables y suficientes para fundar un juicio exacto y seguro acerca de la *belleza* ó deformidad de sus obras? Hemos tratado ya estas dos cuestiones; y por lo mismo no haremos aquí sino explotar una de sus mas importantes consecuencias. La buena literatura no admite ni caso excepcional, ni género alguno que excuse de la observancia de las reglas; y por lo mismo, clásicos y románticos deben observarlas, ó resignarse con el desprecio comun.

Ya dijimos en su lugar correspondiente, que se entiende por arte "un conjunto de reglas para hacer una cosa bien;" y por reglas "ciertas leyes que prescribe al artista lo que debe hacer y lo que conviene evitar para que sus obras salgan mas concordes al fin que se propone." Estas leyes figuran en buena lógica como otras tantas consecuencias de las relaciones que la filosofía descubre y ordena en vista de los hechos.

Se ha dicho ya, y con bastante exactitud, que las reglas son posteriores á las cosas mismas á que se refieren; pero se ha inferido de aquí la inutilidad de ellas, y este es un error. Sin duda alguna que la elocuencia precedió á la retórica, la poesía á la poética, la lengua á la gramática, el raciocinio á la lógica; pero el concluir de este hecho que la retórica, la poética, la gramática y la lógica son cosas inútiles ó arbitrarias, es un sofisma grosero cuyo único apoyo consiste en la falta de observacion. Puede considerarse la cuestion presente en un término bastante reducido, pero sobradamente claro para concluir con toda evidencia la infalibilidad y necesidad de las reglas. Toda perfeccion artistica, ó sea toda produccion humana puede acomodarse á un silogismo, cuya proposicion mayor es la naturaleza, cuya proposicion menor es el arte, y cuya conclusion sea la per-

feccion de la obra. El arte no es en sus principios ni en sus reglas sino la naturaleza bien observada, bien imitada; y en esto nos fundamos para creer que solo por una falta de observacion y analisis ha podido disputarse la necesidad é importancia de las reglas. Sin embargo, para ser algo mas explicitos, presentaremos una serie de reflexiones brevisimas en la materia.

PRIMERA. La naturaleza es obra de Dios; el arte es obra del hombre: la naturaleza tiene pues, como todas las obras de Dios, una perfeccion genuina que no está sujeta á ningun procedimiento ulterior; mas como las obras del hombre no son perfectas, porque el hombre es perfectible, necesitan dos cosas, un tipo y medios competentes para imitar ese tipo. El tipo es la naturaleza; los medios de imitacion constituyen el arte. Luego el arte es una condicion suplementaria para que el hombre pueda elevar sus obras á los tipos que Dios le ha puesto en la naturaleza misma: luego el arte es una necesidad.

SEGUNDA. Todo arte es un ordenado sistema de medios: estos medios, colocados entre el principio y el fin, figuran como una consecuencia lógica de la naturaleza, que se representa en el primero, y como una condicion esencial del resultado que se representa en el segundo. Proscribir pues el arte y sus reglas seria tanto como introducir un cisma entre los principios y los fines, ó suponerlos unidos con la abstraccion de los medios, lo cual es un imposible metafísico, porque ya se sabe que la supresion del medio destruye hasta las ideas de los extremos.

TERCERA. Todas las insignes producciones del espíritu llamadas al rigor del criterio se encuentran, en lo que tienen de perfecto, conformes á las reglas del arte, al concepto de los sabios y al agrado de los pueblos: luego el arte, el criterio de la sabiduria y el sentimiento de la *belleza* estan intimamente ligados, y por consiguiente demostrada con toda evidencia la importancia y necesidad de las reglas del arte.

CUARTA. Nadie hasta ahora le ha hecho la guerra á las consecuencias lógicas, pues para esto seria necesario proclamar el escepticismo universal. Es pues el mayor de los absurdos hacérsela á las reglas del arte, que son unas consecuencias lógicas bajo todos aspectos, aunque formuladas en leyes y destinadas á las aplicaciones prácticas. Salvas las diferencias de los objetos, hallamos una perfecta identidad en los principios comparados de la lógica y de las artes: pues así se tiene la perfeccion de una obra con respecto al

arte, como una conclusion bien deducida con respecto al principio: no hai mas diferencia, repetimos, que la que va de lo teórico á lo práctico.

Tales son las reflexiones que nos ocurren á propósito de las reglas, y los argumentos en que fundamos su infalibilidad, universalidad y necesidad. Mas no por esto debemos aceptar ciegamente como regla cualquier procedimiento subalterno, porque un modo no excluye á otro. Es necesario que las reglas estén fundadas en principios, y su aplicacion corresponda exactamente á las primeras necesidades de la naturaleza. Esto supuesto, tendríamos por buena cualquiera composicion artística ó literaria que atendiese á dos principios generales: primero el orden, segundo el fin: es decir, que en su economía hiciese brillar una verdadera proporcion entre las partes y el todo, y en su aplicacion una gran conformidad para el objeto que se propone, y en el objeto una relacion mas ó ménos íntima pero siempre directa con la verdad y el bien. Obsequiados estos principios, nada nos importaria ver desechadas una infinidad de fórmulas que han multiplicado los escolásticos por el prurito de ostentar erudicion y con grande perjuicio del ingenio.

Esto explica perfectamente un fenómeno harto comun en los escritores clásicos. Muchos de ellos escriben sin la presencia actual de una infinidad de preceptos retóricos; pero ninguno pierde jamas de vista los principios fundamentales. Esto prueba que la naturaleza por sus instintos, por su poder, por sus medios superabundantes, tiene lo necesario con la guía de un corto número de leyes, y desdeña como embarazosas y aun positivamente perjudiciales esa infinidad de reglas de pormenor de que atestan sus libros los escolásticos, y que solo sirven para sostener en ciertos teatros reducidos la autoridad de eruditos estériles, y las prensiones de muchas medianías. Algunas de estas reglas de pormenor pueden ser útilmente consultadas cuando el que escribe no tiene mucho hábito de observacion y ejercicio de criterio, para dar la última lima á sus composiciones; fuera de esto no vemos cuál pueda ser la necesidad ni cuál sea la importancia de tales reglas.

ARTÍCULO SEPTIMO.

OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LA POESÍA SAGRADA.

Entendemos por poesia sagrada la que tiene á Dios por principio, medio, ú objeto de inspiracion, y considerada bajo este aspecto, es nuestro ánimo hacer ver su noble primacía sobre la poesia profana. Sin embargo, en un asunto tan vasto y tan ameno, queremos limitarnos á muy sencillas advertencias, pues nuestra mira en el caso es poder suministrar al criterio los datos competentes para ilustrar todas esas cuestiones que suelen agitarse al hacer el estudio comparado de la poesia sagrada y la profana.

Sobre esta tiene aquella sin duda todas las primacías: la primacía histórica, la filosófica y moral; y además una incontestable superioridad en extension, magnificencia, elevacion, encanto y maravilla. Procurémos recorrer esta escala en otros tantos capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMACÍA HISTÓRICA.

Oigámos á un autor de estos últimos tiempos, cuya delicada pluma traza los caracteres esenciales é históricos de la poesia, para manifestar que por su origen y sus tendencias naturales es esencialmente religiosa. "Poesía quiere decir *creacion*, y tomando esta palabra en su significado riguroso, seria necesario decir que solo Dios es el poeta de la eternidad, cuya inmensa epopeya es el universo. El hombre creado á su imágen es llamado á sentir las armonías de su obra. Dios le ha dado una sombra de su Omnipotencia en la inmensidad de las aspiraciones y de los deseos que permite á esta naturaleza inmortal. Lo que el hombre no sabe, lo puede presentir, lo puede desear, lo puede imaginar: su imaginacion es como el espejo espiritual en que se refleja lo infinito. Normando el vuelo de la imaginacion con el instinto sagrado de sus eternos destinos, puede el hombre salvar como en idea, por explicarnos de esta suerte, los abismos que le separan de Dios, por medio de sus creaciones, que pueden considerarse como luminosos grados de la escala de Jacob. De esta suerte se empeña el verbo humano en expresar y pintar la fecundidad del Verbo divino: la voz humana se